

Misiones secretas y un poco mágicas



El celular embrujado de la tía Marta

Martina tenía once años, amaba las historietas, el skate y los raviolos con salsa rosa. Lo único que detestaba en el mundo era visitar a la tía Marta. No porque fuera mala, sino porque siempre hablaba de sus plantas, sus gatos y... ¡tenía Wi-Fi tan lento que cargaba las fotos como si las dibujara un caracol con lápices de colores!

Un sábado lluvioso, la mamá de Martina anunció: —Hoy nos quedamos a dormir en lo de la tía Marta. ¡Sorpresa! Martina solo atinó a emitir un quejido digno de película de terror.

Ya en la casa, mientras la tía regaba a sus cinco ficus con agua de lluvia embotellada (porque “el agua de la canilla los estresa”), Martina se tiró en el sillón, resignada. Ahí lo vio: un celular viejísimo apoyado sobre una mesita. Tenía teclas, antenita y una pantalla tan chiquita que parecía de juguete.

—¿Eso funciona? —preguntó con curiosidad. —¡Claro! Es el primer celular que tuve. Lo encontré en una caja ayer y lo cargué por las dudas.

Martina, aburrída, lo encendió. Sonó un bip extraño y la pantalla mostró un mensaje: “¡Hola! Soy Celus, tu nuevo amigo. ¿Jugamos?”

—¿Eh? —dijo Martina. Pensó que era una app vieja o un juego instalado. Apretó “S”.

En ese instante, el celular empezó a vibrar y una luz azul iluminó toda la sala. El cuerpo de Martina quedó inmóvil, pero su mente fue absorbida... ¡dentro del celular!

Apareció en un mundo digital hecho de íconos, emojis y carpetas flotantes. Un robot con forma de teléfono la saludó: — ¡Bienvenida a Sistema Operativo! Soy Celus. Estoy aburrido desde 2007. ¿Querés jugar al Tetris o liberar a las apps rebeldes?

—¡¿Qué?! ¡Yo quiero salir de acá! —gritó Martina.

—Para eso tenés que pasar tres desafíos —dijo Celus, mientras la llevaba volando sobre una autopista de archivos.

Martina tuvo que:

1. Derrotar a un ejército de virus informáticos bailando una coreografía de TikTok.
2. Armar un meme que hiciera reír al guardián del firewall (¡un gato muy serio con lentes!).
3. Recuperar una contraseña perdida adivinando los emojis favoritos de la tía Marta (🌻🐱🍝).

Al final, Celus suspiró: —Fue divertido tenerte acá. ¡Gracias por actualizar mi sistema con tu onda!

En un destello, Martina volvió al sillón con el celular en la mano. La tía Marta dormía abrazada a su gato con cara de repollo, y en la pantalla del teléfono solo aparecía el reloj. Nada más.

Desde ese día, cada vez que se aburría, Martina sacaba el celular, lo encendía... y esperaba a que Celus dijera “¿Jugamos?”.



La mochila que sabía todo

Lautaro tenía 10 años y estaba convencido de que el colegio era una conspiración para arruinar las vacaciones. Iba cada día con la misma rutina: zapas medio sucias, cara de sueño y su mochila, que pesaba como si llevara dentro un ladrillo y medio planeta Marte.

Un martes cualquiera, su mamá le compró una mochila nueva. Era negra con rayos plateados y tenía bolsillos por todos lados.

—Es de una marca rara —le dijo su mamá—. Me la vendió un señor en la feria que hablaba en rima. Pero se veía buena.

Lautaro no le dio mucha bola. Metió sus útiles, su botella de agua y los tres tazos que usaba para intercambiar en el recreo. Pero al llegar al colegio... la cosa se puso rara.

Apenas entró al aula, escuchó una voz que venía... ¡de la mochila!

—No te olvides que la seño hoy toma prueba sorpresa de Ciencias —dijo la voz, como si supiera todo.

Lautaro miró para todos lados. Nadie había hablado. Abrió el bolsillo grande y la voz volvió:

—Y revisá el estuche, que te falta una lapicera azul.

—¿¿¿Qué!!?? —dijo Lautaro en voz baja—. ¿Sos... una mochila que habla?

—Obvio —dijo la voz—. Soy Inteligencia Total Portátil versión 4.0. Pero podés decirme Mochi.

Desde ese día, Mochi se convirtió en su mejor aliada. Le recordaba las fechas de entrega, le soplabá respuestas (con límite: "Nada que pueda googlearse"), le decía en qué bolsillo estaba el sandwich, y hasta cuándo venía caminando el profe de Matemáticas.

Pero todo cambió el día que Mochi le dijo:

—Tenés que cuidar a Martina. Ella corre peligro.

—¿Eh? ¿La del grado de al lado?

—Sí. Le van a robar el proyecto de Ciencias. Tenés que impedirlo. Lautaro, que no era exactamente un héroe de película, dudó. Pero siguió las instrucciones. Esa tarde, gracias a Mochi, descubrió que un compañero con cara de "yo no fui" planeaba copiarle todo a Martina mientras ella merendaba.

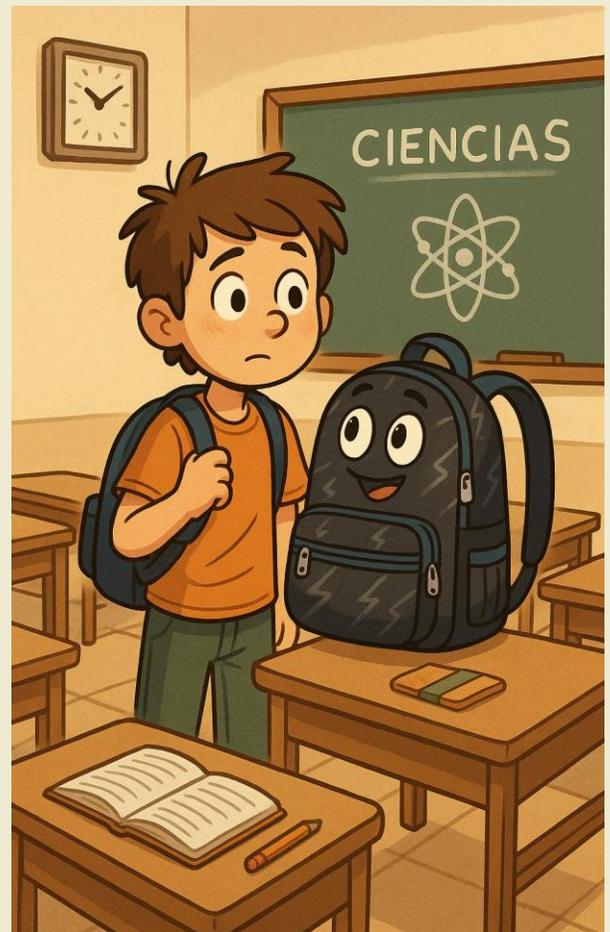
La salvó justo a tiempo. Martina le sonrió por primera vez.

—Gracias, Lautaro. ¡Sos un genio!

Él se puso tan rojo como un tomate, y la mochila, celosa, murmuró: —Te estás distraendo, Romeo.

Desde entonces, Lautaro entendió que Mochi no era solo una mochila mágica. Era su guía, su conciencia... y su compañera de aventuras.

Aunque a veces apagaba el volumen, especialmente cuando empezaba con frases como: —No deberías comer esa tercera porción de pizza...



Misión: Secuestrar a la Señora Sopa

Benja y Mora eran vecinos y mejores amigos. Vivían en el mismo edificio y compartían una misión secreta: destruir a la Señora Sopa.

La Señora Sopa no era una persona. Era... eso que aparecía en la mesa de ambos cada invierno, cada noche: sopa de verduras.

Y no una cualquiera. Era espesa, verdosa, burbujeante, y tenía flotando cosas misteriosas que podrían ser zanahoria... o restos de experimento fallido.

Un martes a la tarde, mientras hacían la tarea juntos, Mora propuso:

—Hay que secuestrarla.

—¿A quién?

—¡A la sopa! Esta noche, antes de que la sirvan. Entramos, la raptamos y la tiramos por el balcón.

—Eso es... brillante —dijo Benja, con cara de agente encubierto.

Activaron el “Plan Fideos Fugitivos”.

A las 19:30 exactas, cada uno salió de su casa con excusas perfectamente pensadas:

—Voy a ayudar a Mora con la división —dijo Benja. —Voy a mostrarle a Benja cómo usar el compás —dijo Mora.

Ninguno de los padres sospechó nada.

Desde el pasillo, se colaron en el departamento de Mora usando una copia de la llave escondida en una maceta (nadie dijo que fueran criminales profesionales).

Ahí estaba. En la olla. Calentándose. Burbujas siniestras y olor a zapallito enloquecido.

—Prepará la mochila —dijo Mora.

Benja abrió una mochila de tela y, usando una cuchara de madera gigante, empezaron a vaciar la olla. Pero cuando estaban por terminar... la mamá de Mora entró en la cocina.

—¿QUÉ ESTÁN HACIENDO?

—¡Es arte! —gritó Benja. —¡Es para Ciencias Naturales! —gritó Mora al mismo tiempo.

Y ahí, como si el universo tuviera sentido del humor, la mochila... se rompió. La sopa se desparramó por el piso como una ola radioactiva.

Final: ambos de rodillas, con trapos, limpiando mientras la mamá se reía y grababa un video para mandarle a todos los parientes.

Esa noche no comieron sopa.

Comieron tostadas.

Pero al día siguiente, en el grupo de WhatsApp familiar de Mora, el video se titulaba: “El día que intentaron secuestrar a la Señora Sopa 🍲😂”

Y fue viral entre tías, abuelas y una prima que estudiaba en Canadá.

Mora y Benja prometieron que la próxima vez... harían un plan mejor. Aunque, en secreto, ya estaban diseñando “Operación Puré de Brócoli”.

